

francis poulenc: el último melodista

• CARLOS PEMBERTON

HA muerto Francis Poulenc y, con él, la música ha perdido el último frescor espontáneo de las melodías puras, de las canciones alegres o tiernas, de su música liviana y chispeante. Al morir Poulenc ha desaparecido también el último vínculo con el encanto de una época que sirvió de nexo entre dos etapas. Si hay algo encomiable en su personalidad es la unidad que encontramos a lo largo de su obra; supo permanecer fiel a sí mismo sin caer ante las tentaciones de las nuevas técnicas, y si hay algo que es verdaderamente inconfundible es su música. Cualquier frase tomada al azar, de no importa qué obra suya, lleva su sello característico, ya sea en la melodía o la armonía. Pocas veces se encuentra en la música contemporánea esa mezcla de alegría permeada con dejos melancólicos. Podrá uno maravillarse ante la paleta orquestal de Stravinsky, las secas y cortantes disonancias bartokianas, el exasperante romanticismo decadente de Alban Berg, o la sensualidad sonora de Ravel; pero ningún otro compositor de este siglo ha expresado tanta ternura en su música como Poulenc en las frases más soñadoras de su "concierto para dos pianos y orquesta" o en canciones como "Montparnasse" u "Hotel".

Se ha dicho erróneamente que la música de Poulenc es superficial. Esto tal vez sea cierto para aquellos que piensan solamente en las pequeñas viñetas

que le dieran más fama: Los "Mouvements perpétuels" y "Le Bestiaire". Quizás sea también cierto desde el punto de vista orquestal: no fue Poulenc un innovador y su música no presenta problemas; pero afirmar que su obra carece de profundidad es quedarse en la periferia sin conocerlo a fondo.

La vena ligera de Poulenc creó "Les Mamelles de Tirésias" ópera en la que la alegría chispea continuamente, la cantata "Le Bal Masqué" sobre textos de un divertido surrealismo, e infinidad de canciones y piezas para piano en las que de repente aparecía algún gesto burlón; tal el caso de su "Presto" que termina con una insolente y divertida cita de "Who's afraid of the big bad wolf?" Pero no siempre el espíritu de Poulenc reía; a veces sus obras mostraban un lirismo intenso y doloroso que habría de dar paso a una etapa más recogida y profunda. Prueba de esto es su "Sonata para violín y piano" dedicada a la memoria de García Lorca o el dramatismo concentrado de su segunda "Sonata para dos pianos" o la canción "Allons plus vite". Quienes sostengan que su música careció de trascendencia e importancia olvidan el maravilloso final de su ópera "Dialogues des Carmélites" que aún al mismo tiempo emoción, lirismo y grandeza, y así mismo no podría tacharse de superficiales las arias de la nueva "Priora" de esa misma obra, o el acto titulado "La voix humaine".

Poco se ha hablado del aspecto religioso de Poulenc y, sin embargo, es una faz importante en la producción de este músico que, como prueba de su fe, dejó una "Misa en sol", un "Stabat Mater", un "Gloria", las "Letanías para la Virgen negra de Rocamadour" y una canción para la Virgen, aparte de la ya mencionada ópera "Dialogues des Carmelites" que incluye dos magníficos ejemplos, un "Ave Maria" y el emocionante "Salve Regina" que la termina.

La muerte de Poulenc deja a su música sin heredero. ¿Quién podría en esta época de dodecafonismo, puntillismo y técnicas electrónicas continuar su línea? Nadie miraría al pasado recordando a viejas tías para traducirlas en piezas llamadas "Le comble de la distinction" o "Le coeur sur la main" como lo hiciera Poulenc en sus "Soirées de Nazelles", ni podría repetir la sentimental ternura de

un ciclo de canciones corzo "Tel jour, telle nuit". En una canción dedicada a Luigi Dallapiccola ensayó el compositor —tal vez como un homenaje a su amigo— acercarse nada más que en una página al dodecafonismo, pero el resultado en sus manos era previsible: nació otra espléndida melodía. Poulenc escribió, especialmente para el canto, con un amor por la música verdaderamente cantable. Sus frases, sus giros y el lirismo que lo caracterizó lo convirtieron en el fácil blanco de quienes confunden la sencillez y el verdadero sentimiento con lo malo y falto de valor. La obra de este compositor respira la alegría de vivir de los espíritus sanos, y en este sentido su figura será irremplazable. La larga lista de músicos que dedicaron lo mejor de sí mismos a las canciones se ha quebrado con la muerte de Poulenc. Ha muerto el último melodista. ♦

notas bibliográficas

SALVADOR BLANCO PISAN. — "Para cumplirla". Pío XII a los hombres de leyes. — Ediciones Fax. — Madrid, 1961. — 322 págs.

En una colección que recopila los mejores textos de Pío XII no podía faltar un tomo dedicado al derecho y a la ley. En un mundo sacudido por la arbitrariedad y el desprecio de la justicia, el Pontífice de la Paz no podía dejar de referirse una y otra vez a la necesidad de un mejor ordenamiento de las relaciones entre los pueblos. Pero esas relaciones no podían estar basadas en la justicia si el hombre mismo no ordenaba toda su vida en torno de los valores supremos del derecho. Por eso, con buen criterio, el Presbítero Blanco inicia esta recopilación de textos por lo relacionado con la vocación del abogado hacia lo bueno y lo justo. La nobleza de esta profesión-vocación la reconoció Ulpiano con aquella definición de la jurisprudencia, *divinarum atque humanarum rerum notitia, iusti atque iniusti scientia*, donde lo divino aparece claramente como base para todo lo humano. Por esto todo derecho positivo debe estar fundado en un orden

ontológico, cuyo conocimiento alcanzamos a través de la misma naturaleza humana. De aquí el peligro de un positivismo jurídico que deja el imperio de la ley sometido al capricho de cualquier legislador humano, lo que engendra el abuso del poder y los excesos especialmente por parte del Estado. Estos excesos no deben, sin embargo, hacernos olvidar la nobilísima tarea del Estado pero sí hacernos ver la necesidad de que un Estado verdaderamente consciente de su misión no puede tener otro fundamento que la justicia, especialmente la justicia distributiva.

En esta relación del Estado con la justicia están basados los siguientes capítulos que comienzan con el estudio de uno de los problemas fundamentales del Estado, sus relaciones con la Iglesia, en cuanto significan el respeto esencial a la vida espiritual y religiosa de sus súbditos. Si la libertad religiosa está asegurada se podrán defender y respetar las demás libertades como son la de enseñanza, asociación, comercio e información. A estas libertades que se refieren a la persona misma se añaden los dos aspectos que dicen relación a las cosas: el de-